

á retirarse precipitadamente á la ciudad, con pérdida de mas de treinta hombres, que quedaron muertos bajo los fuegos de los baluartes, que no pudieron hacer uso de sus cañones, por hallarse confundidos los enemigos con la tropa de la misma plaza, de setenta y tres fusiles que éstos dejaron tirados en su fuga, y de once prisioneros, que lo fueron D. J. Manuel Zulue-ta y diez soldados del batallon de Mayorca (1).

Despues de este triste suceso, que llenó de susto y consternacion al vecindario de Vera-Cruz, se aumentaron muy pronto los padecimientos de éste, porque estableciendo Santa-Anna

[1] He aquí el parte que de esta accion dirigió D. Antonio Lopez de Santa-Anna á D. Agustin de Iturbide:

“Sr. general: El 27 del próximo pasado llegué con mi division á Santa Fé para dirigir mis operaciones sobre Vera-Cruz. El dia siguiente salí de aquella plaza un cuerpo de 600 á 700 hombres, compuesto de marineros y nacionales, y algunos soldados de Mayorca. Fijo, Lanceros, Húsares, y Pardos y Morenos, con el designio de quemar los barrios de extramuros. Así lo verificaron, con enorme perjuicio de sus habitantes, que abandonados ó destruidos sus intereses, tuvieron que fugarse á los montes y médanos inmediatos.

“Luego que se me dió tal noticia, calculé que se repetirían las salidas hasta no dejar en pié ninguno de los edificios de aquellos extramuros. En la mañana del 29 me puse en marcha con mi tropa, y luego que me acerqué á la ciudad, supe que se hallaban en aquel campo las mismas tropas del dia anterior, protegiendo la demolicion de los barrios, confiada á trabajadores muy afanados.

“Resuelto á escarmentarlos, formé mi tropa en columna cerrada, con dos guerrillas á derecha é izquierda, y me encaminé á atacarlos. Al pronto que me avistaron, me hicieron frente, manifestando la mas firme decision á resistirme. Sin titubear, les di en el momento una carga cerrada, obligándolos á buscar el asilo de los muros, encomendados á una fuga vergonzosa. Cincuenta y cuatro hombres de caballería que anticipadamente habia hecho emboscar tras un médano inmediato, dieron muerte á la mayor parte de unos 60 hombres que bajo los fuegos de los baluartes de la plaza, quedaron tendidos en aquel campo; se les hicieron tambien once prisioneros, de los que uno es oficial de nacionales, y se recogieron 73 fusiles de los que dejaron regados en su huida.

“Es muy recomendable mi tropa, por el valor y bella disposicion que manifestó en accion tan gloriosa. El capitán del regimiento de Tlaxcala, D. José Vargas, se hizo acreedor á los mayores elogios, y tambien mi ayudante, el teniente de caballería D. José Stávoli, quien á mi vista dió muerte á un marinero que con su fusil se defendia bizarramente. Me veo en la obligacion de recomendarlos á V. S., así como lo hago con todos los oficiales y tropa que concurrieron á la gloria de este dia.

“Córdoba, y Julio 12 de 1821.—Antonio Lopez de Santa-Anna.

su campo en el punto de “Mundo-Nuevo,” colocó luego un pequeño obus de á siete en el médano llamado “El Perro;” y desde el dia 2 de Julio comenzó á arrojar granadas sobre la ciudad, lo cual hizo que muchas familias se fuesen al castillo y á otros puntos inmediatos de la costa. Estos fuegos, los primeros de su clase que tiene que contar Vera-Cruz en la lista de los que ha recibido despues, tuvieron en grande alarma entonces á la poblacion; y aunque se tomó la providencia de situar en la torre de la parroquia un vigía que anunciaba con un toque de campana cada vez que disparaba el obus una granada, para que todos pudieran precaverse de sus estragos, esto aumentaba naturalmente la alarma general, así como las precauciones que se tomaban en las casas, sobre todo, durante la noche, para evitar la visita de aquellos proyectiles.

El dia 4, desde antes de amanecer hasta que cesó la luz, se hizo en el baluarte de Santa Bárbara un fuego muy vivo con artillería de grueso calibre, sobre el médano en que estaba el obus, resultando heridos en aquel campo el ayudante Stávoli, el mayor Aguado y el capitán Camacho, mientras que en la ciudad perecieron dos soldados, una mujer y algunas mulas de carga y caballos de silla, á consecuencia de una pared que se desplomó en el cuartel de caballería. El dia siguiente ya no se hizo fuego alguno sobre la poblacion, habiéndose retirado Santa-Anna la noche anterior al punto de Casa-Mata, donde se preparó para dar un asalto á la plaza, como lo ejecutó en la madrugada del dia 7, escalando la muralla inmediata al baluarte de San José, por la que introdujo la mayor parte de su fuerza, sorprendió á la corta guardia que en él habia, apoderándose en seguida de los baluartes de Santa Gertrudis y San Fernando, así como de la puerta de la Merced, por la cual, colocando en ella una parte de la columna de granaderos, hizo entrar cuatro piezas de artillería y alguna caballería.

Una vez en posesion de aquellos baluartes, y asegurada una

de las puertas de la ciudad, se dirigió Santa-Anna con parte de su fuerza hácia la escuela práctica de artillería y el baluarte de Santiago, disponiendo que otra parte marchase sobre el cuartel del Fijo, donde se hallaba D. José Rincon, y otra se situase convenientemente para impedir que aquella fuese atacada por tropas que vinieran del centro de la ciudad. Estas órdenes parece que no fueron ejecutadas con la exactitud debida, á consecuencia de que habiéndose abierto algunas viderías de aquella parte de la ciudad, y entregándose en ellas á la embriaguez, no solo muchos de los soldados, sino parte de la oficialidad, se hizo imposible desde entonces el orden y la serenidad que eran tan necesarias para el buen éxito de un golpe de mano que habia sido tan bien comenzado. Sin embargo, los asaltantes no perdieron por esto su valor. El capitán Echeagaray avanzó con un cañon y alguna infantería, haciendo resonar los tambores y trompetas, hasta la plazuela del mercado, desde donde dirigió sus fuegos sobre el palacio del gobernador; la caballería entró hasta la plaza de armas, y aunque tuvo que retirarse de allí precipitadamente, por el fuego que sobre ella hizo la guardia del mismo palacio, permaneció en las calles, sufriendo el no menor que les hacian tambien algunos vecinos desde los balcones, ventanas y azoteas de las casas, al que contestaban con sus armas de fuego.

En medio de aquel inesperado ataque, fácil es suponer el sobresalto que reinaria en la poblacion al oír prolongarse por tres horas en el centro de ella el estruendo de la artillería y fusilería, sin acertar á saber lo que en realidad pasaba, habiéndose aumentado la dificultad de salir á la calle para averiguarlo, por un fuerte aguacero que comenzó á caer desde las cuatro de la mañana y continuó sin cesar hasta las ocho ó las nueve. Las autoridades civiles y militares, por su parte, no estaban tampoco exentas de temor, pues limitada la guarnicion, como queda dicho antes, á lo muy preciso para cubrir los puntos de defensa de la plaza y el castillo, no contaban con una fuerza suficiente de reserva para rechazar á

los enemigos que se habian introducido en ella, sin desatender aquellos puntos. De los individuos de la milicia nacional que se hallaban en sus casas, hubo muchos que no se atrevieron á salir de ellas hasta saber lo que sucedia, y aunque otros se presentaron en el palacio del gobernador, luego que oyeron el fuego, estos no eran en bastante número para emprender formalmente un ataque sobre los asaltantes, cuyo número se ignoraba.

Así es que, limitada toda la lucha, por parte de los independientes á hostilizar al palacio y recorrer algunas calles, sin adquirir nuevas posiciones, y por parte de los defensores de la plaza á sostenerse en sus puestos, no se veia muy próximo el término de la refriega, pudiendo asegurarse, sin embargo, que el triunfo habria quedado al fin por los primeros, si hubieran tenido la direccion conveniente. Pero no existiendo esta, y perdiendo el tiempo en un tiroteo del todo inútil, dieron lugar á que del castillo vinieran algunos artilleros y tropa de marina, cuyo refuerzo, aunque corto, dando ánimo á los soldados de la plaza, los alentó á hacer un empuje sobre los independientes, que tuvieron que replegarse hácia la plazuela de Belen, donde se hallaba Santa-Anna. Este, en vista del desorden que observó en su tropa, y de hallarse ya inutilizado su parque por la lluvia, determinó emprender inmediatamente la retirada, como lo verificó, no sin tener que batirse con dos partidas de tropa que se le opusieron al paso, sufriendo todavía fuera de los muros el vivo fuego de cañon y de fusilería que le hicieron de la escuela práctica y el baluarte de Santiago, y dejando perdidas en la plaza sus cuatro piezas de artillería, algunos cajones de municiones y sobre doscientos hombres entre muertos, heridos y prisioneros, incluso en estos últimos varios oficiales, á quienes mas tarde se hizo trabajar en las reparaciones y aumento de las obras de fortificacion que despues de esta ocurrencia dispuso hacer el gobernador Dávila.

Tal fué el triste resultado que tuvo para Santa-Anna aquel atrevido golpe de mano, en el que si bien no pudo ceñirse los

laureles del triunfo que buscaba, adquirió la reputacion de un oficial de valor y arrojo no comunes, habiendo tenido la satisfaccion de que cuando se presentó en Puebla al jefe del ejército trigarante, D. Agustin de Iturbide, calificase aquel hecho de armas como una accion *heróica*, haciendo insertar esta lisonjera declaracion en la órden del dia.

Segun lo que me han referido algunos antiguos vecinos de Vera-Cruz, parece que al dar Santa-Anna el asalto de que acabo de hacer mencion, estaba de acuerdo con un valenciano que con otros individuos de la matrícula se hallaba de guardia aquella noche en el baluarte de San José, y le entregó la llave de la puerta de la Merced; mas sea de esto lo que fuere, y sin entrar á indagar la certeza ó falsedad de este y otros pormenores que omito referir, por no estar seguro de su exactitud, agregaré solo como un comprobante de lo que he relatado acerca de este suceso, el parte oficial que de él dió el gobernador Dávila al virey, el dia 8 del mismo Julio. Dice así:

“Exmo. Sr.—A las tres de la mañana de ayer los insurgentes que al mando de D. Antonio Lopez de Santa-Anna tenían sitiada esta plaza, á beneficio de un chubasco en que la marinería mercante que cubria los baluartes, bajó á guarecerse, escalaron la muralla por junto al de San José, del que inmediatamente pasaron al de San Fernando, abrieron la puerta de la Merced, para introducir la artillería y caballería, como lo ejecutaron, y distribuida la fuerza y puesta en activo movimiento, avanzaron con clarines y algazara hasta la plaza del mercado, donde situaron un cañon, con el cual y la fusilería, hacian fuego repetido á estas casas de gobierno.

“Desde el momento de sentirse la escalada, esta pequeña guarnicion, desplegando todo su entusiasmo y amor al rey y á la patria, voló al encuentro del enemigo en todas direcciones, hizo prodigios de valor, cual si todos fueran veteranos; las puertas del mar estaban bien defendidas por el resguardo de rentas armado, y su comandante á la cabeza, con lo que, y un

corto refuerzo recibido oportunamente del castillo y tropa de marina de la bahía, tuvimos la gloria de derrotar á los rebeldes, y de hacerles huir precipitadamente de la plaza á las tres horas de terrible fuego, dejando en nuestro poder tres cañones, un obús, varios caballos, cajones de municiones, las escalas y la bandera con sus inscripciones y adornos de cintas.

“La pérdida de gente, se gradúa en 200 muertos, heridos y prisioneros, incluso distintos oficiales, todos pasados del ejército del reino á los sediciosos. De nuestra parte tuvimos cuatro muertos y algunos heridos, incluso el ayudante de la plaza D. Manuel Mojo, que existe baleado en el hospital.

“Ayer mismo vieron los vigías de las torres que los insurgentes derrotados, se fueron por los caminos de la Boca del Rio, Vergara y otros rumbos, y no se han vuelto mas á descubrir, quedando enteramente deshecho el sitio y destruidos sus parapetos.

“Interin formalizo el detall de tan brillante y gloriosa accion, me apresuro á dirigir á V. E. este sencillo parte para su debida satisfaccion, haciéndole presente que así la tropa, como los Sres. jefes y oficiales de mar y tierra, destinados en esta plaza y apostadero, son dignos del mas alto aprecio.

“Dios guarde á V. E. muchos años. Vera-Cruz, Julio 8 de 1821.—Exmo. Sr.—*José Dávila*.—Exmo. Sr. virey conde del Venadito.”

A pesar del triunfo que alcanzó la guarnicion de Vera-Cruz, rechazando aquel atrevido ataque, parece que no pensó ó no pudo enviar inmediatamente, como debia, algunas partidas á las cercanías en persecucion de los dispersos, pues en la tarde del mismo dia pasó Santa-Anna á Santa Fé, donde se le reunieron algunos tristes restos de su derrotada division, los cuales se disminuieron todavía el dia siguiente, desertándose algunos de los soldados que se habian presentado en la tarde anterior. Desde aquel punto, temiendo Santa-Anna que el gobernador se aprovechase de su derrota para volver á apoderarse del Puente del Rey ó de Jalapa, dispuso que el mayor

Fernandez Aguado fuera á ocupar el primero de estos puntos, con la fuerza que tenia disponible, y lo pusiese en estado de defensa, como lo verificó, y en seguida se dirigió él con el corto resto de su gente hácia la Boca del Rio, y de allí á Córdoba, con el objeto de reparar la gran pérdida que acababa de sufrir.

Antes de dar Santa-Anna el asalto á Vera-Cruz, ó durante el sitio, ó acaso despues de malogrado aquel, parece que el gobierno de la plaza intentó tenderle un lazo para apoderarse de su persona, á cuyo fin hizo que el bergantin español de guerra, el *Diligente*, se dirigiera á la Boca del Rio, con pabellon de los Estados- Unidos del Norte, no dudando que pasaria Santa-Anna á su bordo en solicitud de armamento y municiones, mas no sucedio así, sino que envió al capitán D. Nemesio Iberri, quien aparentó deseos de que lo trasladasen á Vera-Cruz, diciendo tener allí algunos intereses, y luego que se cercioró de que el buque era español, volvió á tierra.

Al llegar á Córdoba, desahogó Santa-Anna el odio que en aquellos dias respiraba contra Vera-Cruz por el descalabro que allí habia sufrido, dando á luz una tremenda proclama, en la que entre otras cosas decia: “¡Vera-Cruz! la voz de tu exterminio será desde hoy en adelante el grito de nuestros combatientes al entrar en las batallas: en todas las juntas y senados el voto de tu ruina se añadirá en todas las deliberaciones: Cartago, de cuya grandeza distas lo mismo que la humilde grama de los excelsos robles, debe ponerte miedo con su memoria. ¡Mexicanos! Cartago nunca ofendió tanto á Roma como Vera-Cruz á México! Sed romanos, pues teneis Scipiones.”

Despues de permanecer muy pocos dias en Córdoba, pasó á Puebla cen el objeto de hablar á Iturbide, quien lo recibió, con marcadas muestras de aprecio, y aun le dió alguna tropa para que volviese á la provincia de Vera-Cruz y sitiase el fuerte de Perote, con lo que ya pudo dirigirse de nuevo, como lo hizo, á las inmediaciones de aquel puerto, adonde lo atraia el deseo de satisfacer su amor propio herido como militar, no

perdiéndolo desde entonces de vista, hasta que lo tuvo bajo sus órdenes, luego que fué desocupado por las tropas españolas.

Pocos dias despues del malogrado asalto de Santa-Anna, llegó á Vera-Cruz el presbítero D. Pedro Fernandez, enviado de México por D. Juan B. Lobo, diputado de aquella provincia, con cartas de D. Agustin de Iturbide, para el gobernador Dávila, invitándolo á que se adhiriese al plan de independencia, á lo cual parece que contestó que Vera-Cruz capitularia con cualquier otro jefe que no fuera Santa-Anna, y el mencionado presbítero regresó con tal contestacion, no sin haber sufrido á su entrada y salida en aquel puerto un escrupuloso registro, del que no se escaparon ni aun los colchones y cojines de la litera que lo condujo, por la sospecha de que en ellos se ocultase alguna correspondencia. ¡Tal era el temor que ya entonces habia allí de que existiese alguna connivencia entre los independientes y los habitantes de la ciudad, cuyas ideas comenzaban hacia algun tiempo á manifestarse en favor del plan de Iguala (1).

(1) Desde el mes de Marzo anterior, en que se recibió en Vera-Cruz la noticia del plan de Iguala, hubo allí muchas personas entre los mexicanos que se adhirieron á él, proponiéndose trabajar en su favor, aunque con el sigilo que era necesario, y muy pronto fué aumentándose el número de prosélitos, no solamente en el vecindario, sino aun entre la tropa, de la que como he dicho antes, se desertó bastante, y á veces con escándalo, como sucedió con una partida de cuarenta hombres que sacó D. José Rincon para ir sobre Actopan, de los cuales se desertaron 17. Despues, el entusiasmo por la independencia, fué creciendo allí con la lectura de las proclamas y otros papeles impresos que circulaban, á pesar de la vigilancia del gobierno, la cual era burlada de tal manera, que ni en los cuarteles de la tropa dejaban de penetrar los escritos en que se excitaba á la sedicion, pues un dia del mes de Mayo se encontró en el cuartel del Fijo la siguiente poesia:

“Ciudadanos, otra época empieza:
De la gloria las sendas abrió;
Un gobierno patriótico y firme
Nuestra dicha á su cargo tomó.
No haya mas que un partido, patriotas;
No haya mas que una causa, una voz:

El día 30 del mismo mes de Julio llegó á Vera-Cruz el navío Asia, en union de otros once buques, conduciendo al brigadier D. Juan O'Donojú, nombrado por el gobierno español para sustituir á Apodaca en el mando político y militar de esta colonia, haciéndose sentir en los momentos de su llegada á aquel puerto, un fuerte temblor de tierra, que dió lugar á que algunos agoreros lo interpretaran como un mal presagio; y en verdad que si fuese posible que existiera alguna combinacion entre los sacudimientos que en el órden físico sufre de vez en cuando la superficie del planeta que habitamos, y los acontecimientos que en el órden moral ocurren entre los individuos de la pobre especie humana, podria muy bien haberse dicho que la naturaleza tomaba parte en aquel suceso, haciendo que se estremeciera este suelo, dominado por los españoles durante trescientos años, al arribar á él el jefe que venia á cerrar con su nombre el catálogo de los vireyes de la Nueva-España.

Perteneciendo aquel nuevo virey al partido liberal que entonces dominaba en la Península, el cual, en union de algunos de los diputados de México en las córtes, habia influido para que fuera nombrado, con el objeto de que en el caso de un cambio de política allí, que ya se preveia y no tardó mucho tiempo en realizarse, pudiera contar en este país con un jefe de su confianza que sostuviese los principios constitucionales, habia salido de España con el compromiso y la resolucion de adoptar en su gobierno una política franca y liberal, no dudan-

Cuando llama la patria al peligro,
Vacilar un momento es traicion.
Nobles jefes de un pueblo alentado
Que el supremo poder os confió,
Invencible firmeza juremos,
Dando pruebas de heróico valor.
No temais que jamas en nosotros
Haya entrado la vil seduccion,
No temais que uno solo se afrente
Prefiriendo la vida al honor."

do que con ella alcanzaria sofocar definitivamente la lucha que aquí existia, y atraerse la voluntad de todos; pero encontrándose á su llegada á Vera-Cruz con los grandes progresos que habia hecho ya el plan proclamado por Iturbide, al que estaban adheridas todas las provincias, con excepcion de la plaza de Vera Cruz, amenazada de nuevo por Santa-Anna, la de Acapulco, y la capital de la colonia, sitiada ya por el ejército trigarante, y habiendo sido sustituido en ella el virey Apodaca por un jefe sin otro título que la voluntad de las tropas que la guarnecian, se vió colocado en la forzosa alternativa, ó de regresar á Madrid sin tomar parte alguna en la situacion que se le presentaba, ó de procurar sacar de ésta el mejor partido posible en favor de su gobierno, por cuyo último extremo se decidió sin vacilar, dándose á conocer desde luego en esta resolucion como un hombre honrado y bastante ilustrado para posponer su interes y su amor propio á lo que en aquellos momentos exigia la conveniencia de la Nueva y la Antigua España, así como para no incurrir en la necia obstinacion de los que le aconsejaban sostener una guerra, no ya solo temeraria, sino imposible en el estado á que habian llegado las cosas.

Trasladado O'Donojú al castillo de San Juan de Ulúa el mismo dia de su arribo, permaneció allí hasta el día 3 de Agosto en que pasó á Vera-Cruz, donde fué recibido con todos los honores y ceremonias de costumbre, despues de lo cual, y sin esperarse á prestar el juramento en México, á donde no podia dirigirse desde luego por no estar libre el tránsito, lo hizo allí ante el gobernador D. José Dávila, comenzando á ejercer inmediatamente los mandos político y militar para que habia sido nombrado. En el mismo dia publicó una proclama dirigida en general á todos los habitantes de la Nueva-España, en la que, á la vez que combatia el proyecto de su independenciam, favorecia la causa de ésta, haciendo alarde de los principios liberales que él profesaba y que reinaban entonces en la Península, y manifestando su debilidad y condescendencia hasta el grado de protestarles que *á la menor señal de disgusto* que ob-